

La casa romana

JOSE ANTONIO ABELLA

REPETIDAMENTE se ha dicho que, de no ser por el Acueducto, sólo unos pocos ratones de biblioteca se hubieran enterado de la presencia romana en la ciudad de Segovia. En efecto, hasta ahora únicamente someros hallazgos arqueológicos podían confirmar esa presencia: algunas estelas funerarias reaprovechadas en la muralla, algún tramo de la propia muralla, cercano al Alcázar, y muy poco más.

El secreto del Acueducto, como se ve, es algo más que el título de la conocida novela de Ramón Gómez de la Serna. ¿Por qué y para quiénes se construyó la obra de ingeniería hidráulica mejor conservada de nuestra Historia antigua? Responder a esa pregunta es entrar en el terreno resbaladizo de las hipótesis. ¿Había en la *nave de piedra* una población celtibérica establecida y aliada del Imperio, con viviendas de materiales perecederos que no han dejado restos a la curiosidad científica? Es probable. ¿Acaso el proyecto de una futura ciudad que necesitara tener resuelta la infraestructura del abastecimiento de agua? Es posible. ¿No había *nada* y el Acueducto sólo era un espectacular anuncio publicitario sobre el poderío

imperial y las ventajas que para las tribus locales habría de suponer la dependencia de Roma? Nadie lo sabe y quizá la respuesta más sensata comparta un poco de cada teoría. Pero lo cierto es que una ciudad, en sentido estricto, siempre hubiera dejado restos arquitectónicos perdurables, acaso destruidos por esa tendencia que cada civilización tiende a crecer sobre las ruinas de la anterior, pero que de algún modo hubieran sido reutilizados en las construcciones que habrían de sucederlos. Sin embargo, ni una basa, ni un fuste, ni un capitel de época romana podemos observar en la arquitectura medieval segoviana.

Aunque sólo fuera por este motivo, tienen una importancia singular los recientes hallazgos arqueológicos de la plaza de la Reina Doña Juana. El poder sacar a la luz los muros de una vivienda romana en el mismo corazón de Segovia me parece de una trascendencia que no debiera pasar desapercibida a nuestras autoridades, tanto municipales como autonómicas y estatales. No hace falta ser un experto para comprender la importancia de este descubrimiento, especialmente tratándose de una casa importante como lo demuestran los trazos de pintura hallados en restos de estuco—flo-

res, pájaros, formas geométricas— y como podría derivarse del hecho de que dicha casa se halla justamente en la plaza de las Arquetas, desde donde se distribuía el agua del Acueducto al resto de la ciudad.

Un temor, no obstante, se alberga en quienes día tras día abogamos por la conservación integral de nuestro patrimonio. La empresa constructora pretende edificar en dicho solar un moderno edificio residencial, con garajes subterráneos incluidos. No deja por tanto de ser encomiable, e incluso ejemplar, el hecho de que sea esa misma empresa quien financia, al menos en parte, el estudio arqueológico que se está llevando a cabo en la actualidad. No deja, insisto, de ser encomiable (aunque preocupante para las medianas luces de los tímidamente malpensados).

Todavía están cercanos los tiempos

en que todo agujero con restos conflictivos se tapaba rápidamente con hormigón para evitar la formación de otros agujeros, esta vez en el bolsillo de las constructoras.

Por fortuna, no parece ser ésta la actitud de la empresa propietaria de los terrenos y esperamos que tampoco la de las autoridades que deben velar para que el patrimonio de toda la comunidad no sucumba bajo los intereses de una parte de la comunidad. Es ésta una magnífica oportunidad para demostrar que ya no estamos en el siglo XIX ni en los peores momentos

del desarrollismo de los años sesenta. Una ocasión perfecta para demostrar que la defensa institucional del legado histórico-artístico es algo más que declaraciones rimbombantes, palabras en el viento y cacareos de gallinas.

«Ni un capitel de época romana podemos observar en la arquitectura medieval segoviana

”